

Sociedad, cultura y el Partido Justicialista en Argentina*

Alberto Ciria**

A fines de los años ochenta Argentina intenta completar los primeros tramos de una transición democrática, problemática y riesgosa, que se inició en 1983 en medio de muy serios problemas sociales y económicos. La mayoría de los análisis domésticos y extranjeros sobre el caso argentino se concentran en la fragilidad de dicha transición, las relaciones entre el poder ejecutivo y las fuerzas armadas, las razones del resurgimiento peronista, la magnitud de la crisis económica, etc. El principal objetivo de este trabajo es esbozar un contexto histórico para entender acontecimientos o tendencias contemporáneos, especialmente en el Partido Justicialista (PJ) y los sindicatos peronistas.

La hipótesis básica sugiere que en la actualidad Argentina soporta los efectos combinados de una tradición doble: el legado de ideas e instituciones autoritarias/corporativas y de ideas e instituciones democráticas (o democratizantes por lo menos).¹ Dicho legado es profundo y está difundido por numerosas organizaciones, además de influir sobre desarrollos clave en la política, la economía, la sociedad y la cultura.

En primer lugar, este artículo resumirá ciertas tendencias históricas y contemporáneas para ayudar en la interpretación de procesos importantes ocurridos en los sectores político y gremial del peronismo. En segundo lugar, y

debido particularmente a la carencia de análisis críticos sobre el PJ, el artículo analizará algunas manifestaciones del citado doble legado en el partido. Finalmente, añadiré pocas reflexiones sobre el movimiento obrero peronista, sobre todo la Confederación General del Trabajo (CGT) en relación con el PJ, como parte de las conclusiones de tipo general.

El carácter preliminar y monográfico de mi trabajo requiere además señalar que no se ocupa de otros partidos políticos (se necesita un estudio paralelo y detallado de la Unión Cívica Radical [UCR] en la misma perspectiva), y tampoco alude a las fuerzas armadas, la Iglesia católica, los grupos económico-financieros, etc., salvo con referencias circunstanciales.

Dejando aparte esos límites conscientes, y acaso limitaciones, del artículo, no creo que se necesite fundamentar la elección del PJ y la CGT. Los niveles políticos y sociales se han convertido en los representantes más visibles de la oposición de centro-izquierda del presidente Raúl Alfonsín. El partido, y de modo más concreto los sindicatos, constituyen realidades y símbolos de la subcultura política peronista, y por ello sus posiciones y actitudes respecto a la transición democrática, y a la democracia liberal, son fundamentales. Hay también dos riesgos usuales que deben evitarse al tratar este tipo de problemas: la trampa del "excepcionalismo", y la excesiva y estática adhesión a teorías generales sin desentrañar lo específico del "caso" bajo estudio.² Lo anterior es una útil advertencia

* Versión revisada de una ponencia presentada a la XIV Conferencia Internacional de la Latin American Studies Association, marzo 17-19, 1988, Nueva Orleans, Estados Unidos. El autor agradece la colaboración financiera del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades (SSHRC) de Canadá y del presidente de la Universidad Simon Fraser.

** Alberto Ciria, argentino. Profesor de ciencia política en la Universidad Simon Fraser (Canadá).

¹ Cfr., Ciria, Alberto, "Las dos Argentinas, 1983", *Cuadernos Americanos*, México, CCLI, 6, noviembre-diciembre 1983, pp. 24-35; y "Notas sobre democracia y corporativismo en Argentina, 1983-1986", *Plural*, Buenos Aires, II, 6, abril 1987, pp. 4-12.

² Para el desarrollo de mis ideas sobre la democracia argentina fueron útiles las obras siguientes: Alain Rouquié y Jorge Schvarzer (comps.), *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, Emecé, 1985; José Nun y Juan Carlos Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur, 1987; y Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (comps.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987.

cuando se trata de analizar a Argentina y/o el peronismo.

Antecedentes y telón de fondo

Entre las diversas tradiciones heredadas por lo menos desde el siglo diecinueve se puede identificar la presencia de una óptica política que contrapone los principios a los hechos, la norma a la realidad, *de modo profundo y bastante permanente*. Las élites conservadoras —los liberales del siglo pasado— supieron practicar un autoritarismo eficiente (sobre todo para su clase) que ha llegado a adquirir caracteres firmes en la sociedad argentina. La estructura patriarcal de la familia, los rasgos machistas y sexistas en las distintas clases sociales, fueron complementados por el sistema educativo y otras instituciones como la Iglesia tradicional.

Con anterioridad a las reformas electorales de la ley Sáenz Peña (1912), el sistema político hegemonizado por los conservadores no preveía representación minoritaria en cada distrito, y el fraude y la manipulación de votos eran moneda corriente. Si bien es cierto que dicha ley amplió el sufragio a gran parte de los sectores medios, su presunto espíritu conciliador no se extendió a la cultura nacional, por ejemplo. Las élites terratenientes y sus socios menores fueron comprendiendo poco a poco que los comicios libres podrían privarlos de ejercer una gran cuota de poder: la falta de un partido conservador de masas y electoralmente viable tendió obviamente a debilitar las posibilidades de la democracia liberal. La escena estaba preparada para futuras alianzas con sectores de las fuerzas armadas; a su vez, los enemigos de la *oligarquía* conservadora pasarían con el tiempo a ser peronistas antes que radicales.

El gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930) mezcló el antiguo caudillismo con la democracia formal en lo político, pero las élites desplazadas del Estado conservaron sus poderosos recursos económicos. Cuando la crisis económica empezó a transformarse en depresión, el modesto experimento de la UCR llegó a parecer avanzado para los viejos grupos conservadores. El 6 de septiembre de 1930 un sector del ejército argentino con apoyos civiles inauguró oficialmente otra pauta sociopolítica que puede considerarse complementaria de la ya citada: la alternación en el poder de regímenes militares con administraciones surgidas de un proceso electoral más o menos libre. La fachada democrática que acompañó a la restauración conservadora en lo económico y lo social en los años treinta y principios de los cuarenta puede apreciarse como una de las profundas continuidades de esa era pasada, a la cual siguen interrogando muchos estudiosos de la Ar-

gentina contemporánea en busca de vínculos entre el pasado y el presente.³

El peronismo en el poder (1946-1955) subrayó la presencia ideológica de corrientes autoritarias/corporativas en los orígenes del movimiento: ejemplos bien claros son el pensamiento militar de Perón y la versión originaria del catolicismo social, que en ocasiones desbordarían sus mensajes en la sociedad global. En esos años el peronismo se convirtió en un movimiento social y político con un fuerte componente sindical y una estructura piramidal-burocrática: por una parte, el Estado peronista se volvió más autoritario y restringió las actividades de la oposición, y por la otra una mayoría de votantes continuó apoyando a Perón y sus candidatos. De modo análogo, los dirigentes de la UCR se enfrentaron con la opción de homoligar un sistema autoritario en los hechos o participar en conspiraciones militares para derrocar al régimen de Perón, formalmente democrático.

Después de 1955 la "democracia de los democráticos" continuó deteriorando la tradición representativa liberal-democrática. Este argumento postulaba que si se otorgaban elecciones libres, existía la gran posibilidad de que Perón y su movimiento volvieran al poder, para repetir el ciclo autoritario y *dictatorial* de ayer. Quienes habían derrocado a Perón, en consecuencia, diseñaron una serie de mecanismos para prohibir política y sobre todo electoralmente al peronismo —de muy diversas formas— en el periodo 1955-1973. Ese periodo no sólo fue testigo de la consolidación de tendencias autoritarias/corporativas en sectores castrenses y también civiles y religiosos, sino del fortalecimiento de un verdadero sistema mixto que combinó instituciones "clásicas" de la democracia liberal con negociaciones "corporativas" entre el Estado/poder ejecutivo y la CGT, los grupos económico-financieros, la Iglesia y, muy obviamente, las fuerzas armadas.

Este modelo funcionó con cierta regularidad, por ejemplo, en los periodos presidenciales inconclusos de Arturo Frondizi (1958-1962) y Arturo Illia (1963-1966). Pero, ocasionalmente, la tendencia neocorporativa del general Juan Carlos Onganía mostraba su rostro para denigrar a la *partidocracia* liberal a la vez que impulsar retóricamente una "participación" muy imprecisa. Eventualmente, la corriente fue remplazada por el llamado *Gran Acuerdo Nacional* del general Alejandro Lanusse, pro-

³ Véase "La Argentina en los años 30: Momentos y figuras de la crisis", suplemento núm. 3, *La ciudad futura*, Buenos Aires, 4 de marzo de 1987, pp. 13-24; y la reciente obra de Carlos H. Waisman, *Reversal of Development in Argentina (Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences)*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

yecto que favorecía, en esencia, el aludido sistema político mixto.

Las elecciones de 1973 significaron transitoriamente un ajuste entre la norma y la realidad, subrayado por el retorno al poder del peronismo y su anciano jefe. Sin embargo, otros dos desarrollos importantes continuaban influyendo el fondo y el estilo de la política argentina. El primero era el proceso en marcha de la politización de los militares junto con la militarización de muchos políticos (organizaciones juveniles y guerrilleras dentro y fuera del peronismo, por ejemplo). El segundo condicionaba las relaciones de la democracia con las elecciones y el desempeño en el gobierno por parte de las fuerzas políticas victoriosas. Si era cierto que la presidenta Isabel Perón (1974-1976) contó con legitimidad electoral al asumir el cargo después de la muerte de Perón, también lo era el hecho de que su administración decayó al nivel de un entorno que toleraba, y acaso inspiraba, el terrorismo de Estado en la violenta atmósfera de la época.⁴

La dictadura militar entre 1976 y 1983, y la actual presidencia de Alfonsín en especial, son los periodos más apropiados para estudiar las interrelaciones entre pautas democráticas y autoritarias/corporativas en Argentina, un campo que debe abandonar los restrictivos límites de la dimensión política.

En este contexto, deben seguirse examinando tendencias en la familia, la sociedad, la esfera cultural (incluyendo las diversas clasificaciones sobre cultura de élites y cultura popular), los medios masivos de comunicación, etc. Lo que José Luis Romero solía llamar el campo *sociocultural* requiere ser analizado a fondo en sus relaciones con el político, para librar a las polémicas sobre el concepto y la función de la democracia de habituales reduccionismos economicistas y sobre todo *politicistas*.

En este sentido me limitaré a unas breves observaciones para dicha urgente tarea intelectual.

La satanización del pasado, o su paralela idealización, aparece como una tendencia casi constante en muchos sectores político-ideológicos (Sarmiento versus Rosas, peronismo y antiperonismo): a veces el proceso suele acompañarse por una necropolítica que cuenta con un peso específico mayor en Argentina que en otros países. En ocasiones, un "nacionalismo patológico" (Carlos Escudé) se apodera colectivamente de masas y élites, y no puede reducirse a los delirios alcohólicos del general Leopoldo Galtieri, como en la crisis y guerra por las Malvinas/Falklands en 1982, entre paréntesis, dicha

época puso de manifiesto ciertas relaciones sugestivas entre el fútbol profesional, la política y la guerra, tema de investigación que merece profundizarse. Y la presencia casi permanente de la censura —y su otra cara, la autocensura—, con las aisladas excepciones que van desde los gobiernos de Illia a Héctor Cámpora, ha reforzado numerosos rasgos autoritarios en desmedro de un pluralismo significativo en la sociedad y la cultura.⁵

El sistema educativo es otro campo de batalla entre los dos elementos constitutivos del legado combinado: desde 1952 la enseñanza de "educación cívica" en escuelas secundarias cambió seis veces de títulos y contenidos, de "cultura ciudadana" a "educación cívica" precisamente.⁶ Muchos artistas argentinos contemporáneos subrayan los rasgos negativos de instancias autoritarias sociales o individuales: éste es un tema fundamental en las obras teatrales de Roberto Cossa y los filmes de María Luisa Bemberg como *Camila* y *Miss Mary*.

Desde 1983, y a pesar de los problemas existentes,⁷ ha habido un clima más libre de opinión y expresión, con ejemplos tendientes a elaborar un auténtico pluralismo en organismos oficiales: Radio Belgrano, el Centro Cultural General San Martín, el Teatro Municipal General San Martín, el Instituto Nacional de Cinematografía. En medio de una persistente crisis económica de serias consecuencias sociales, la vitalidad cultural argentina resulta una nota positiva en el panorama generalmente sombrío. Sin embargo, es posible advertir también un tono insular y a veces solipsista en las presentaciones que los medios de masas hacen de la realidad: diarios como *Crónica* y el canal privado de televisión que congrega la mayor cantidad de espectadores consagraron durante varios días, en octubre de 1987, sus titulares e informaciones principales a la supuesta inclinación homosexual de un entrenador de fútbol

⁵ En relación con los problemas mencionados en este párrafo, *cf.*, Ciria, "Angels and Demons", *Index on Censorship*, Londres, 14, 6 de diciembre de 1985, pp. 46-49; Carlos Escudé, *Patología del nacionalismo (El caso argentino)*, Buenos Aires, Editorial Tesis Instituto Torcuato Di Tella, 1987; Ciria, "From Soccer to War in Argentina: Preliminary Notes on Sports-as-Politics under a Military Regime (1976-1982)", in Arch R.M. Ritter (comp.), *Latin America and the Caribbean (Geopolitics, Development and Culture)*, Ottawa, CALACS/OCPLAS, 1984, pp. 80-95; Romero, Amílcar G., *Deporte, violencia y política (Crónica negra 1958-1983)*, Buenos Aires, CEAL, 1985; y Avellaneda, Andrés, *Censura, autoritarismo y cultura (Argentina 1960-1983)*, 2 vols., CEAL, 1986. Véase también el agudo ensayo de Ayala, Francisco, "La autoflagelación argentina", *El País*, edición semanal, Madrid, 18 de abril de 1988, pp. 9-10.

⁶ Los detalles de Morduchowicz, Roxana "Qué programa, profesor", *El Periodista de Buenos Aires*, 170, 11-17 de diciembre de 1987, p. 25.

⁷ *Cfr.*, los artículos de Ulanovsky, Carlos, y otros sobre televisión y censura, *El Porteño*, Buenos Aires, VI, 67, julio 1987, pp. 50-53.

⁴ Riz, Liliana De, *Retorno y derrumbe (El último gobierno peronista)*, México, Folios Ediciones, 1981, sigue siendo una buena introducción al tema.

acusado de violar a un menor, mientras el resto del mundo se dedicaba a enterarse de la caída estrepitosa de la Bolsa de Nueva York (olas similares de regodeo chismográfico y rumores de corte sádico, sexual y de uso de drogas tuvieron lugar con motivo de las acusaciones de asesinato a un excampeón mundial de boxeo, presunto causante de la muerte de su compañera, y la muerte repentina de un popular actor cómico, a principios de 1988).

En general, los profesionales del periodismo escrito y electrónico no se comportan de acuerdo con las posibilidades abiertas en el frente cultural. El Estado no ha elaborado políticas coherentes sobre la cultura y los medios informativos; en televisión, por ejemplo, los canales oficiales compiten alegremente con los privados por la audiencia antes que dedicarse a desarrollar programas alternativos. Al mismo tiempo, los temas nacionales no se discuten con seriedad en los medios convencionales: los temas económicos y políticos por lo general se personalizan y trivializan de modo que el mensajero casi siempre es más importante que el mensaje. El Congreso aprobó una legislación sobre divorcio vincular en 1987, pero los debates parlamentarios y públicos pertenecieron al siglo diecinueve. No existen foros o tribunas adecuados para considerar temas como el aborto, el homosexualismo, el maltrato a menores y mujeres, el feminismo, incluso el antisemitismo.⁸ La sociedad y cultura argentinas experimentan una serie de crisis interrelacionadas que afectan todos los aspectos de la actividad humana, desde el lenguaje a los valores, desde la memoria colectiva a la economía diaria. Dos noticias publicadas en el mismo ejemplar del diario *Clarín* (6 de diciembre de 1987) son una modesta introducción a este vasto universo. La primera señala que el 61 por ciento de la población activa mayor de 14 años trabaja, total o parcialmente, en el llamado *sector informal* de la economía, con un valor estimado de 42 000 millones de dólares por año. La segunda noticia destaca que, en proporción al número de habitantes, Argentina encabeza las estadísticas mundiales con respecto a suicidios: 5 000 personas muertas por año y unas 2 600 tentativas frustradas.

El PJ, ayer y hoy

En la memoria colectiva de grandes sectores populares en Argentina, y como parte integrante de la subcultura peronista, existe una

fuerte asociación entre el concepto de peronismo/justicialismo con instituciones y prácticas sindicales, que incluyen a una CGT dirigida por gremialistas de dicha orientación. En tal contexto, el Partido Peronista o PJ tendió históricamente a permanecer en un discreto segundo plano en relación con las organizaciones obreras.

Por el contrario, los sindicatos y sus dirigentes se convirtieron en componente crucial de la historia peronista durante los años cuarenta y cincuenta, como una masiva base de apoyo al movimiento. De ahí que se necesite contar de nuevo, y muy brevemente, la anécdota del partido.

Hacia 1945 el Partido Laborista Argentino (PLA) se creó con una estructura interna bastante democrática para movilizar la candidatura presidencial del entonces coronel Perón: éste era apenas "el primer afiliado" del PLA, no su jefe máximo. Algunos políticos profesionales se apartaron de la tradicional UCR, y aportaron sus perspectivas de clase media al naciente movimiento peronista: de dicha situación histórica provienen las primeras manifestaciones de conflictos y rozamientos entre *gremialistas* y *políticos*.⁹ Y, finalmente, los Centros Independientes aportaron una dimensión multiclassista al peronismo a través de reclutas originados en las distintas corrientes nacionalistas, los grupos conservadores y las fuerzas armadas.

Entre 1945 y 1947 la tendencia política básica del primer peronismo se perfiló con claridad: luego de un efímero Partido Único de la Revolución Nacional, el Partido Peronista (PP) se transformó en una pirámide burocrática. Mientras el peronismo proclamaba su carácter de movimiento mayoritario, los procesos partidarios subrayaban frecuentes intervenciones del Consejo Superior del PP a distritos locales, y *listas únicas* impuestas para los comicios internos y la selección de candidatos. Además de experimentos parcialmente renovadores como las llamadas *unidades básicas*, en el PP se practicó como norma general la *dedocracia*, incluyendo a la pionera Rama Femenina creada por Eva Perón.

Hasta 1955, el PP funcionó como una herramienta de propaganda y recibió generosos subsidios del Estado: canalizó el voto de las mayorías peronistas en época de comicios, pero no promovió la democracia interna ni la discusión de programas de acción. Después de 1955 y hasta 1973 siguieron desarrollándose las relaciones entre el peronismo político y el sindical.

⁸ Sobre el antisemitismo y las reacciones de la comunidad judía de Buenos Aires, véase "Los judíos en la calle", *Página/12*, 29 de noviembre de 1987.

⁹ Una temprana consideración de este conflicto la da Raúl Bustos Fierro, peronista de la primera hora, citado en Ciria, *Política y cultura popular (La Argentina peronista 1946-1955)*, Ediciones de la Flor, 1983, pp. 127-128.

La proscripción del PP alentó las alianzas con otras fuerzas, el voto en blanco, etc., y tendió a reforzar el papel estratégico del exiliado Perón. El movimiento gremial pasó a ocupar, muchas veces, el centro de la escena: las 62 organizaciones, llamadas el *brazo político* del peronismo, se fundaron en 1957. Desde 1966, a partir de la llegada al poder de otro régimen militar, la CGT experimentó divisiones transitorias, el principal exponente del poder sindical fue asesinado (su legado se conoce como *vandorismo* en la historia del movimiento obrero en Argentina), y aparecieron nuevas formas de militancia gremial.

Para 1971, con un cambio relativo en el clima político, el PJ (nuevo nombre del PP) inició una etapa democratizadora, que también incluyó la presencia creciente del sector sindical en los círculos partidarios: su facultad *orgánica* de nominar precandidatos gremiales para cargos electivos, o para la burocracia del aparato, fue una característica típica de dicho proceso. En los años setenta, el activismo y militancia juveniles —desde la Juventud Peronista (JP) a los grupos armado o *formaciones especiales* como los Montoneros— complicaron todavía más las pugnas entre gremialistas y políticos tanto en el seno del partido como en el movimiento.¹⁰

Después de las elecciones libres que en 1973 llevaron nuevamente el peronismo al poder, el PJ permaneció en una posición bastante subordinada a otros centros de poder. Desde Perón (que murió el primero de julio de 1974) a Isabel, y en medio de una lucha entre *verticalistas* y *anti-verticalistas* en el PJ y el movimiento peronista que era paralela a los conflictos existentes en la sociedad global, los congresos partidarios practicaron un mínimo pluralismo y por lo común ratificaron lo decidido en otros niveles. El PJ no pudo poner fin a la violencia y luchas intestinas, y tampoco defendió con vigor las instituciones asociadas con la democracia liberal como el Parlamento.

A partir de 1975 (incluyendo el nuevo golpe militar de marzo de 1976) las condiciones del ambiente no eran propicias para intentar otra etapa de democratización en el PJ, los demás partidos políticos y la sociedad global. Y los años 1976-1983 fueron vistos como punto de

referencia obligado del nuevo ciclo democrático.

A mediados de 1983 el PJ se revitalizó con masivas afiliaciones, que acompañaron otra de sus periódicas reorganizaciones; sin embargo, tanto antes como después de la derrota electoral del peronismo en las elecciones del 30 de octubre de 1983,¹¹ continuaron presentes las viejas tendencias al lado de moderadas actitudes democratizadoras. El pasado partidario seguía vivo en las reuniones reservadas entre altos dirigentes para seleccionar candidatos; en el papel importante desempeñado por jefes gremiales como Lorenzo Miguel, titular de las 62 organizaciones; en el surgimiento del caudillo local Herminio Iglesias como figura nacional; y en la falta de debates internos sobre los candentes temas económico-sociales de la hora.

Los intentos más recientes para reorganizar, modernizar y democratizar el PJ, hegemonizados por una alianza de grupos conocida generalmente como *renovadores*, representan ciertas continuidades y cambios del reciente pasado peronista. Desde que los renovadores pusieron en práctica una política de alianzas pragmáticas, que solamente dejó fuera de la coalición a sectores minoritarios o marginales, el PJ aparece listo para realizar algunas tareas importantes durante 1988. La selección de candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la nación (comicios internos), la elaboración de un programa realista y alternativo al de la UCR para captar el centro-izquierda del espectro político, y la convivencia entre las organizaciones sindicales y el renovado PJ, son aspectos que requieren una buena medida de consenso vistas las elecciones generales de 1989.

Deben mencionarse algunas características específicas de las transformaciones partidarias. Por primera vez en años, los llamados *ortodoxos* no monopolizan ni controlan la representación gremial en los altos cuerpos colegiados del PJ. A diferencia de 1984, cuando un dividido PJ aconsejó a sus afiliados a "abstenerse activamente" en la consulta popular sobre la cuestión internacional del Canal de Beagle, el partido en 1988 proyecta una imagen de unidad y competencia, si bien los conflictos internos no han desaparecido del todo: gobernadores provinciales, ciertos senadores tradicionales, los renovadores más modernos en contraste con la ortodoxia. Los renovadores, en fin, han negociado con otros sectores peronistas ofreciéndoles una representación minoritaria en los *cuerpos orgánicos*, o —como último recurso— han intervenido al distrito rebelde (Corrientes).

¹⁰ Los componentes voluntaristas y militaristas de la ideología montonera, y en sentido general de la Juventud Peronista, están indicados por dos exintegrantes de la agrupación, hacia 1979: "La definitiva burocratización de todos los niveles de la dirigencia partidaria, cuya expresión más acabada es la falta absoluta de una práctica democrática, que estrangula todas las tentativas de reflexión crítica, y las descarta como defecación o traición, ocultando la carencia de una respuesta política detrás de un triunfalismo irresponsable, que no convence a nadie", es su síntesis (citados por Richard Gillespie, "Armed Struggle in Argentina", *New Scholar*, 8, 1982, p. 413; la traducción al español es mía, A.C.).

¹¹ Cfr. Maronese, Leticia, Cafiero de Nazar, Ana y Waisman, Víctor, *El voto peronista '83 (Perfil electoral y causas de la derrota)*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1985.

Con posterioridad a los comicios del 6 de septiembre de 1987 ganados por candidatos peronistas encabezados por el dirigente renovador Antonio Cafiero (gobernador de la provincia de Buenos Aires), se desarrollaron las últimas etapas de la reorganización del PJ. De modo significativo, una serie de reuniones reservadas a dirigentes elaboró una llamada *lista de unidad*: para fines de diciembre de 1987 se había transformado en verdadera *lista única*, luego de prolongadas negociaciones entre representantes partidarios y sindicales. Cafiero siempre ha recalado el pragmatismo inherente de dicha modernización del PJ, al apuntar que las diferencias entre renovadores y sus adversarios internos "son cosas circunstanciales que después desaparecen" (*Página/12*, 13 de diciembre de 1987).

Y, por otra parte, el mismo Antonio Cafiero que encabezó la *lista de unidad* para convertirse luego en la principal autoridad del PJ, señaló otro rasgo crítico de la Argentina actual: "Hay que aprender a convivir en una democracia pluralista y frágil, en el sentido de que las mayorías se ganan y se pierden con bastante más facilidad que lo pensado" (*La Prensa*, 10 de septiembre de 1987). En un contexto de "corporatización" de la democracia liberal argentina (las relaciones entre el Poder Ejecutivo y las fuerzas armadas son el ejemplo más visible pero no el único) las posiciones y comportamientos adoptados por el PJ se volverán muy importantes tanto antes como después de las elecciones programadas para 1989. Una cuestión afín es, por supuesto, la discusión interna entre el concepto *movimientista* y la idea más moderna de un *partido movimientista* para el peronismo. Como es sabido, la primera variante permitió que los gremios y dirigentes peronistas, desde Augusto Vandor a Lorenzo Miguel, mantuvieran una fuerte presencia, a veces hegemónica, dentro del PJ. El *partido movimientista*, se sostiene ahora, sería una adaptación (¿un híbrido?) de partidos "clásicos" en democracias liberales a la representación multiclasiista de los votantes en la coyuntura argentina, y no sólo a los obreros. En consecuencia, las futuras mayorías electorales del peronismo deberán conquistarse apelando a todos los medios lícitos posibles: desde los recuerdos sentimentales a la asesoría técnica de expertos en comunicaciones de masas como Heriberto Muraro. Se requieren sufragios de las clases media y obrera para intentar de nuevo la recuperación de la *mayoría perdida* en 1983, junto con el apoyo electoral de los desempleados, los marginales y los jubilados.

En este contexto, debería alentarse la tendencia a incrementar la democratización de las estructuras partidarias, incluyendo discusiones

serias en asambleas periódicas, para contrarrestar las tradiciones profundamente arraigadas de autoritarismo y *verticalismo* en el PJ.¹² Además, el partido tendría que establecer de modo más firme su estrategia y tácticas para combinar los requisitos de una "leal oposición" con las auto-percepciones sobre su eventual futuro papel en el gobierno, a partir de los comicios internos de 1988.

Es evidente que las complejidades de esta hora no se pueden explicar del todo desde la perspectiva de un partido político, incluso si éste cuenta con la presencia real y simbólica del PJ. La economía y los proyectos económicos, la decisiva importancia de corporaciones como las fuerzas armadas, la polarización social en aumento desde hace muchos años, los diversos análisis sobre el tema de la democracia, etc.¹³ son cuestiones más urgentes a un nivel general. El futuro a corto plazo del PJ acaso pueda indicar que los hijos de la historia (como es el propio partido) no son necesariamente sus esclavos.

Una nota sobre los sindicatos peronistas

La tendencia a que aludí más arriba como el legado combinado de componentes democratizadores y autoritario/corporativos debe explorarse en relación con el movimiento obrero organizado (entre otras instituciones), especialmente los gremios peronistas y la CGT.

En mi opinión, el debate sobre estos temas resulta fundamental para desarrollar ideas y prácticas que superen eventualmente a una "democracia liberal" estática. A menos que ocurra la profundización de tendencias democráticas dentro de las propias instituciones de los trabajadores, el elitismo, el personalismo y las *burocracias sindicales* seguirán condicionando parcialmente a dicho movimiento obrero en general.

La democratización de las instituciones sindicales debe diferenciarse, por ejemplo, de ciertos ejemplos históricos procedentes de fuentes no peronistas: el proyecto de *ley de reordena-*

¹² El veterano dirigente sindical Lorenzo Miguel declara que "el PJ sin la rama gremial es como un cuerpo sin alma" (*La Razón*, 23 de octubre de 1987), mientras que el ascendente renovador José Manuel de la Sota polemiza de esta forma: "Hay algunos dirigentes gremiales que todavía creen que pueden imponer de manera casi corporativa su presencia dentro de la estructura partidaria" (*La Nación*, 27 de octubre de 1987).

¹³ Punto de vista, *Unidos* y *EL BIMESTRE político y económico* se unen a las publicaciones periódicas de Buenos Aires que ya he citado en estas notas para que el lector interesado se familiarice con análisis y debates sobre la transición democrática en Argentina, mucho más profundos y realistas que las referencias de una gran mayoría de los medios masivos de comunicación. Un oportuno llamado de atención es Eduardo Galeano, "Las democracias no quieren ser democraduras", *El Porteño*, VI, 64, abril 1987, pp. 63-65.

miento sindical impulsado por el presidente Alfonsín, que el Senado rechazó en última instancia en 1984. Entre otras cuestiones de interés, el debate sobre este proyecto resaltó un conflicto clave. Por un lado, los dirigentes de la CGT —y sus voceros parlamentarios— apoyaban el abstracto “principio de autonomía sindical”, en tanto que un diputado de la UCR comprobaba claramente que los burócratas gremiales peronistas quieren ser “intervencionistas desde el gobierno y autonomistas desde la oposición” (*Clarín*, 6 de febrero de 1984). Y, por el otro, posteriores negociaciones reservadas entre el gobierno de la UCR y los dirigentes de la CGT peronista produjeron una serie de reformas mutuamente aceptables, que rápidamente homologada por el Congreso. De este modo tuvo lugar un proceso de relativa democratización —bastante agudo con respecto al citado proyecto de *reordenamiento sindical*— en las instituciones gremiales del país, incluida la CGT.

Afortunadamente, hay un reducido grupo de autores que se preocupa por los problemas de la democratización sindical,¹⁴ en campos tales como la fábrica, la coparticipación en las ganancias de la empresa, etc. Este es un desarrollo moderadamente optimista, que posee una contrapartida empírica en la coexistencia actual de listas únicas con la presencia de candidatos opositores en la escena gremial, y la aparición paralela de corrientes reformistas peronistas y no peronistas en muchos sindicatos. Esto fue particularmente visible en la *normalización* de la CGT, a fines de 1986. En la ocasión, una combinación de delegados seleccionados democráticamente en sindicatos con mayoría de tendencias reformistas y un grupo de veteranos burócratas gremiales cocinando otra lista única en un recinto vecino al de las deliberaciones, fue el ejemplo simbólico del pasado que sobrevive en el presente: la composición del Consejo Directivo de la CGT se aprobó por aclamación de los delegados. Pero esa asamblea no consideró propuestas laborales ni tampoco evaluó la presencia y objetivos del movimiento obrero en la sociedad y la política argentinas.¹⁵

Otro terreno que se vuelve cada vez más decisivo para la continuación de buenas relaciones entre el PJ y la CGT se refiere a la estrategia y táctica de la última, junto con el liderazgo sindical de Saúl Ubaldini, su secretario general. ¿Seguirá insistiendo la CGT con la confronta-

ción de once huelgas generales contra el gobierno de Alfonsín entre el 3 de septiembre de 1984 y el 14 de abril de 1988? ¿En qué medida dichas huelgas, además de protestas contra gravísimas condiciones socioeconómicas, representan mecanismos para dirimir influencias y/o establecer hegemonías dentro del movimiento obrero (las 62 organizaciones, el grupo de los “25”, el *ubaldinismo*...)? ¿Es esta táctica compatible con algunos principios básicos de la democracia liberal e incluso, en último análisis, con el programa y los objetivos del PJ?

En conclusión, pienso que tanto el PJ como la CGT pertenecen a una sociedad y una cultura que contienen fuertes elementos autoritarios y corporativos, junto a corrientes democratizadoras más difusas. La transición democrática desde 1983 ha subrayado aspectos dialécticos del proceso, si se prefiere (como es mi caso) abandonar los estrechos límites políticos del concepto. Por ejemplo, un sector muy conservador de la jerarquía eclesiástica formula monótonos ataques contra supuestos aspectos pornográficos y ateos del gobierno de la UCR (el mensuario *Cabildo* es un documento extraordinario al respecto), un sistema que precisamente tolera la libre expresión de tales falacias.

La tradición de *justicia social* encarnada por el peronismo no es fundamentalmente incompatible con una profundización del proceso democrático tanto dentro del movimiento peronista cuanto en la sociedad global. Los peronistas y quienes no lo son harían bien en volver a examinar —entre otros muchos— las lecciones de 1946-1955 y 1973-1976. Si la primera época institucionalizó la justicia social como parte integral de la Argentina moderna, la segunda mostró grandes dificultades para adaptar dicho proceso a circunstancias cambiantes. Si cabe, el desafío histórico es todavía mayor en los días que corren para la nación argentina: sus dirigentes elegidos por el voto popular deberían incorporar al pasado en sus argumentos, no polemizar eternamente sobre lo que fue y lo que no fue. El peronismo, con una presencia de primer plano desde los años cuarenta, tendría que estar al frente de esta necesaria tarea.

¹⁴ Abós, Como Álvaro, *El posperonismo*, Legasa, 1986, que es una documentada introducción al tema de la democracia y el movimiento peronista, incluyendo a los sindicatos.

¹⁵ Cfr., el oportuno análisis de Palomino, Héctor, “La normalización de la CGT: ¿Diez años no es nada?”, *El Bimestre*, 31, enero-febrero, 1987, pp. 5-10.